

San Blas en que estaba libre de calenturas una hija del Marqués de Cadreita, cuartanaria, que D. Juan galanteaba. Mientras el asesino daba la cuchillada, estaba el mismo D. Juan paseándose y esperando el suceso en el cementerio de San Sebastián; y dixo en cierta ocasión, que así se había de tratar a los pícaros, acción que generalmente ha parecido mal á todos, porque además que hay poco concurso de gente aquel día en los corrales, estaban también interesados en ellos los arrendadores y el Hospital General»⁹⁴.

En lo referente a la *memoria de los palos* que habían de darse, que hacía anotar *Monipodio* en el libro de la sociedad al lado de las cuchilladas que tenía de encargo; Cabrera de Córdoba escribe en sus *Relaciones*⁹⁵ que el Duque de Alcalá encargó se dieran «ciertos palos» a un veinticuatro de Sevilla «por no habérsele descubierto pasando cerca de él», y que con ese motivo

⁹⁴ Pág. 90 de la obra cit., en la nota núm. 75.

⁹⁵ Pág. 227.

se envió desde Valladolid un Alcalde de Corte contra el Duque.

Estos pormenores, si no hubiera otros, bastarían para calificar a Borsarte cuando aseguraba que *Rinconete* no era obra de Cervantes, aunque éste la diera como suya, porque «el caso» que pinta había ocurrido años antes de su paso por Sevilla, y a un forastero «era difícil averiguar menudencias ciertas de tiempos pasados y de personas privadas, cuando se había perdido la memoria de tales historias».

Ya se ha visto que las costumbres que se copian en *Rinconete y Cortadillo* tenían un carácter de generalidad entre la gente rufanesca de España y no eran sólo peculiares de Sevilla, aunque Cervantes supo dar exacto color local a su pintura, que probablemente ejecutaría en una de sus muchas estancias en aquella ciudad antes de 1605, fecha de la impresión de la primera parte del *Quijote*, donde habla ya de esta novela suya.

V

Aseguraba Lope en las *Fortunas de Diana* que las novelas «podían ser ejemplares, pero habían de escribirlas, por lo menos, grandes cortesanos». Cervantes decía en el *Licenciado Vidriera*: «Yo no soy bueno para Palacio porque tengo vergüenza y no sé lisonjear.» Sin convenir con la opinión de Lope, creo que no habría estado demás a Cervantes conocer algo de las costumbres palatinas antes de describir la Corte de Inglaterra. La reina de su historia de *La Española Inglesa* tiene para nosotros el encanto de los reyes de los cuentos infantiles. La buena señora lo mismo espera en los corredores de palacio la «nueva de los navíos» en que envió de corsario a Ricaredo, a fin de que hiciera méritos para conquistar a su amada, que receta a ésta remedios caseros; de igual modo llama a un mercader, y contrata en persona «intereses y ganancias» de

cédulas, que habla con el capitán de un barco, le «pide encarecidamente lleve en su nave á Isabel y á sus padres», y al despedirse de ellos, abrazándoles, les suplica le escriban «de su llegada y siempre de su salud». Todo como podía haberlo hecho la hermana de Cervantes, D.^a Andrea, o su mujer, la excelente Sra. D.^a Catalina Palacios Salazar, si los azares de la suerte, en vez de llevarlas a lo que hoy se llamaría *coser para afuera*, las hubieran elevado al trono de Inglaterra ⁹⁶.

Y es que al componer, con diversos elementos, unos reales y otros imaginados, las figuras de esta obra, no puso mientes el autor en el modelo vivo.

Ni Isabela, robada a sus padres cuando niña en el saqueo de Cádiz, y

⁹⁶ Entre los autógrafos de Cervantes, de que habla Barrera en sus «Nuevas Investigaciones», se hallan las cuentas de labores hechas por D.^a Andrea para el Marqués de Villafranca, D. Pedro de Toledo Osorio. Una de esas cuentas, según Navarrete, p. 94, es de letra del mismo Cervantes; otro está firmado por D.^a Andrea, a 8 de Febrero de 1603.

llevada a Inglaterra por uno de los capitanes de la escuadra; ni Ricaredo, hijo de aquel capitán, y esposo de Isabela, en el término de la historia, después de grandes pruebas de amor y constancia; ni Clotaldo, ni el conde Arnesto, ni el paje Guillarte, ni la señora Tansi, son personas de carne y hueso como otras creadas por Cervantes. Hasta sus nombres, que nada tienen de ingleses, y poco de españoles, parecen denunciar que cuando Cervantes no componía copiando directamente del natural, perdía mucho de su personalidad artística, y recordaba demasiado la urdimbre y contextura de las obras italianas.

Ninguno de los personajes, decíamos, es de carne y hueso; pero a ninguno vistió Cervantes con tanto esmero realista como a los héroes imaginarios de *La Española Inglesa*. Si habla de Isabela, dice: llevaba «saya entera de raso verde acuchillada, y aforrada en tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda ella bordada de ricas piedras; co-

llar y cintura de diamantes, y con abanico á modo de las señoras damas españolas; sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios y largos, entretejidos y sembrados de diamantes y perlas, le servían de tocado»; si pinta a Ricaredo, lo retrata con «peto, espaldar y gola, brazaletes y escarcelas, con unas armas milanesas de once listas, grabadas y doradas, y sombrero de gran falda de color leonado, con muchas plumas terciadas á la valona; la espada ancha, los tiros ricos, las calzas á la esguízara».

Al ver los maniqués ideales vestidos de esta manera, se recuerdan los retablos de los pintores primitivos, en los que la falta de consistencia de la figura contrasta con los nimios detalles del ropaje. Pero así como, en ocasiones, en esos retablos viejos un retrato del artista, hecho por él mismo, nos interesa y atrae; despierta la atención hacia la figura soñada de Ricaredo su parecido con la de Cervantes, no sólo en las aventuras de su cautividad, sino en sus generosos y descabellados em-

peños; porque el alma de Ricaredo, presentada como espejo de nobleza, valor y cordura, tiene, en sus magnánimos arranques, muchos puntos de identidad con la de Don Quijote, con la cual siempre estuvo en comunicación directa la de Cervantes. La libertad de los prisioneros de la galera turquesa es algo muy semejante a la libertad de los forzados, en que por su mal intervino el *Caballero de la Triste Figura*. El sentido crítico del autor le hacía comprenderlo así, y sin duda por eso las gentes de Ricaredo le culpaban, «diciéndole que los libres podían dar aviso en España de aquel suceso, y que si acaso había galeones de armada en el puerto, podían salir en su busca, y ponerlos en aprieto y en términos de perderse». Y «bien conocía Ricaredo que tenían razón».

En *La Española Inglesa* como en *El Cautivo* y en *El Amante Liberal*, consigna Cervantes algunos de los hechos que presencié en el tiempo de su esclavitud. Aquel «padre de la Redención que se quedaba en Argel empe-

ñado en cuatro mil ducados que había gastado más de los que traía, porque á toda esa misericordia y liberalidad se extiende la caridad de esos padres, que dan su libertad por la ajena», recuerda a Fr. Jorge de Olivar, detenido en Argel en rehenes por salvar a otros cristianos, según consta en el *Memorial* que varios cautivos dirigieron en Octubre de 1578 a Felipe II, documento en el cual figura en el catorce lugar la firma de *Michael Seruantes Saavedra*⁹⁷. Además, una vez libre, hace Ricaredo la procesión general en Valencia del modo que la hacían por aquella época los redimidos españoles, y como la hizo el mismo Cervantes.

A juzgar por las trazas, esta novela debió de ser improvisada. De otro modo no se explicarían los descuidos de estilo, y las contradicciones en que se enreda la narración. Hay una de ellas que da la medida de la premura con que debió de ser compuesta: la

⁹⁷ Pérez Pastor, «Documentos cervantinos», páginas 234 a 238.

Reina de Inglaterra, que al recibir a Isabela dice: «habladme en español, doncella, que yo lo entiendo bien y gustaré de ello», olvida poco después el castellano, y cuando llegan los padres de *La Española Inglesa* tiene que entenderse con éstos «sirviéndole de intérprete Isabela». Parece como si, en realidad, escribiera el autor al vuelo y por compromiso con los «dos señores eclesiásticos que rogaron á Isabela pusiese toda aquella historia por escrito para que la leyese su señor el Arzobispo», detalle que se ajusta al origen de la *Miscelánea* de Porras, destinada a entretener los ocios del Arzobispo Niño, y en la que, según vimos ya, se incluyeron obras de Cervantes. Respecto a la fecha en que terminó o preparó ésta para la imprenta, lo único que puede asegurarse es que fué posterior al año 1605 en que el Conde de Nottingham⁹⁸ vino a Espa-

⁹⁸ Navarrete le llama, equivocadamente, *Hontinghan*, y así repiten el nombre todos los que, al hablar de las fiestas de Valladolid, copian a Navarrete sin citarlo.

ña a ratificar, en nombre de Jacobo I de Inglaterra, las paces ajustadas en Londres por el Condestable D. Juan Fernández de Velasco, sexto Duque de Frías. Durante la guerra nadie menos que Cervantes, que tenía muy presente la consternación que produjo en Andalucía el saqueo de Cádiz, podría haberse atrevido a hablar de la sabiduría del Conde de Essex y de la bondad de la Reina de Inglaterra⁹⁹.

⁹⁹ Recuérdese a este propósito la manera con que se recibió el Memorial de Jáuregui «a S. M. el Rey, sobre escritos contra Francia», al que se refieren las Gacetas que publicó Rodríguez Villa, que mencioné en la nota núm. 75: «El señor don Juan de Jáuregui ha sacado un discurso sobre que se ha de hablar y tratar bien de palabra a los enemigos, el cual dicen lo han tomado muy mal los superiores. La jácara que ha compuesto el señor don Francisco de Quevedo contra Franceses sigue otro diferente estilo y va con esta», pág. 62. De algunas suposiciones infundadas respecto a «*La Española Inglesa*» hablé ya en la páginas 71 y 72 de este libro.

VI

Entre las conjeturas descabelladas de que se hizo eco Navarrete, una de las que más se ha generalizado, pues la reproducen casi todos los críticos de las *Novelas*, es que Cervantes «se propuso en *El Licenciado Vidriera* ridiculizar la manía o extravagancia del erudito humanista alemán Gaspar Barthio, traductor al latín de *La Celestina* y *La Diana Enamorada*, cuya aplicación vehemente a la lectura llegó a trastornarle la cabeza, viviendo durante diez años persuadido de que era de vidrio, sin querer, por esta aprensión, que nadie se le arrimase».

Navarrete, al hacer suya la idea, agregaba que era muy probable que Cervantes conociese y tratase a Barthio cuando éste estuvo en España, y que «parece indudable haber sido aquel docto y maniático alemán el original que Cervantes se propuso copiar».

Y Rosell llega a «presumir que mu-

chos de los epigramas, equívocos y dichos sentenciosos del supuesto Vidriera, eran históricos desvaríos del maniático alemán»¹⁰⁰.

Foulché-Delbosc hace notar, con justicia, que ninguno de los biógrafos de Gaspar de Barthio dice que visitara a España antes de 1613, fecha de la publicación de las *Novelas*. La traducción de Aretino, hecha de la versión española de Fernán Xuárez, y las de *La Celestina* y *La Diana Enamorada*, que le dieron fama de hispanizante, se publicaron en 1623, 24 y 25; Barthio murió en 1658, y si la locura de que nos da cuenta Fernández Navarrete fué debida a sus trabajos mentales, es seguro que no se le declararía en plena juventud, sino en una edad avanzada¹⁰¹. Además, de esa locura no

¹⁰⁰ Obras citadas en las notas núm. 8, 15 y 35.

¹⁰¹ Ya en 1631, Gaspar Ens, hispanizante alemán, como Barthio, había traducido al latín «*El Licenciado Vidriera*», y en el libro no hay alusión alguna en apoyo del pretendido retrato. Véase: «GASPARIS ENS / PAVSILIPVS / Siue / TRISTIVM COGITA / tionum / et molestiarum / SPONGIA / VARIIS INCREDI / bilibus ac incun-

dicen una palabra las biografías alemanas del autor de *Adversaria*; pero, aun dándola por cierta, ¿no es un incidente sin importancia? ¿Qué significa para el asunto un género del desequilibrio mental que podría cambiarse sin inconveniente? ¡*El Licenciado Vidriero*

dis / HISTORIIS, NARRATIONI / BUS, FACTIS, DICTIS / tam ferijs quam iocosis, / referta. / ET TAM RECREANDIS QVAM / erudiendis animis accommodata / viñeta adorno / Colonie / apud Gerhardum Grevenbruch, anno MDXXXI». Contiene: portada, dedicatoria al «ilustre y generoso Señor D. Florencio Harthart», tres hojas sin foliatura, índice, tres ídem, una hoja en blanco, 294 páginas. En el ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid está empastada, unida a esta obra, otra del mismo Ens; la signatura es 34.202². Ocupa de la página 56 a la 76; se llama «Phantasocratomenos: siue Homo Vitreus». Según D. Marcelino Menéndez y Pelayo, quien primero se fijó en esta traducción fué el escritor holandés Haan, profesor en la Universidad de Baltimore, Estados Unidos. La versión de Ens ha sido reimpresa en 1897 por la «Revue Hispanique», precedida de una introducción crítico-bibliográfica de Fitzmaurice-Kelly, que conviene en varios puntos con la que en 1892 publicó Foulché-Delbosc al frente de su citada traducción «Le Licencié Vidriera», y lleva, además, curiosos datos bibliográficos relativos a Ens, cuya traducción no conocía Foulché cuando hizo la suya.

ra ridiculizado por Cervantes! ¿Podía ser ridícula aquella locura que a todo respondía con más entendimiento, «por ser hombre de vidrio, y no de carne; que el vidrio, por ser materia sutil y delicada, obra por ella el alma con más prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo pesada y terrestre»?

Cervantes hizo decir a los locos cosas profundas que jamás soñaron los cuerdos. En *El Licenciado Vidriero*, como en D. Quijote, salvo la idea fija que demostraba su locura, todo lo demás era maravilla de ingenio; como que por boca de ellos hablaba el propio Cervantes, que para justificar lo extraño del personaje creado, dice: «le preguntaron muchas y difíciles cosas, á las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio, cosa que causó admiración á los más letrados de la Universidad y á los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sujeto donde se contenía tan extraordinaria locura como el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento,

que respondiese á toda pregunta con propiedad y agudeza».

Para mí, digan lo que quieran los inspiradores y los copistas de Navarrete, *El Licenciado Vidriera* no es sino un pretexto de Cervantes para publicar sus *Apotegmas*.

Muy frecuente fué en otros tiempos la publicación de dichos agudos, donosas respuestas e ingeniosas improvisaciones, coleccionadas al uso antiguo bajo el nombre de apotegmas. Los hubo en la Península de muy diversas clases, desde aquellos que, como los de Suppico¹⁰², se llamaban «históricos» y «morales», pretendiendo tener influencia docente, hasta otros, que eran en su época los libros de cuentos y

¹⁰² «Collecçam | Moral | de | Apophthegmas memoraveis | Parte I. | Dedicada | Ao Serenissimo | Senhor | D. Francisco | Infante de Portugal, &c. | Por | Pedro Joseph Suppico | de Moraes | Seu Moço de Camera. | Lisboa Oriental | Na Officina Augustiniana | Anno MDCCXXXII. | Com todas as licenças neccessarias». En la quinta hoja, vuelta, de la Parte II, hay una lista de «Autores. Que escreverão de Apophthegmas de que o Collector teve atéqui noticia, e leo por curiosidade».

chascarrillos que hoy anuncian aquí los chicos por las calles diciendo a voces: «Risa para todo el año.» Entre unos y otros había un término medio, y eran los de aquellos autores que, teniendo fama de ingeniosos y discretos, para perpetuarla reunían los apotegmas propios: la mejor muestra de estos últimos son *Las seiscientas apotegmas de Juan Rufo*. A tal clase de obras pertenece *El Licenciado Vidriera*, y el que lo dude se podrá convencer de ello comparándola con sus congéneres¹⁰³.

Que la importancia de ésta consiste en las respuestas que pone Cervantes en labios del loco, puede verse de bulto cotejándola con algunas adaptaciones a lenguas extranjeras. Viardot convirtió al *Licenciado* en *Nieto de Sancho Panza*, sin imaginar que tenía más

¹⁰³ Apoya estas apreciaciones más el Sr. Menéndez y Pelayo en el t. II de los «Orígenes de la Novela», p. LXXII, asentando que he notado bien en este estudio el carácter aforístico de «*El Licenciado Vidriera*».—Sbarbi, en el «Refranero», ha reproducido algunas obras de este género.

de D. Quijote que de su escudero, y que, cuando agregaba apotegmas de su invención, convertía al *Licenciado Vidriera* en el licenciado *Pero Grullo*.

Por vicio de origen, la estructura de esta novela nada tiene de impecable. Compónese de dos partes que podían subsistir independientemente: las agudezas de Tomás Rodaja, y la vida y viajes del mismo, que van a guisa de introducción. Ésta, que es la propiamente novelesca, tiene el doble interés de ser una viva pintura de la vida militar en España a fines del siglo xvi¹⁰⁴, y de pasar en muchos puntos por autobiografía de Cervantes. Yo únicamente creo esto último en lo que puede comprobarse: en sus viajes por Italia; pero no juzgo lógico que los mismos que suponen que hay en

¹⁰⁴ En la «Bibliografía Crítica» de Riis, tomo II, página 253, se incluye equivocadamente entre las notas a las obras menores de Cervantes, un artículo de la «Revista Técnica de Infantería y Caballería» de 1.º de Enero de 1896, titulado «Miguel Cervantes. Vida militar en el siglo XVI. El viaje de Rodaja», que no es sino una reimpresión de varias páginas de la novela.

ella datos anteriores a la salida de Cervantes de España, imaginen gratuitamente que dejó su tierra huyendo¹⁰⁵. En *El Licenciado Vidriera* explica claramente qué impulso llevó a Rodaja a abandonar España; fué el mismo que movía a otros personajes de las *Novelas* que «no juzgaban caballeros á los que sólo lo eran en su patria, que era menester serlo también en las ajenas»; impulso que en Rodaja toma diversa forma, cuando asegura que «las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos».

Detalles que demuestran la copia directa e inmediata de la realidad, y que pueden cotejarse con el manuscrito de Pinheiro, del que antes hablé, y al que acudiré de nuevo al exa-

¹⁰⁵ No hay prueba ninguna de que el «Zerbantes» de la cédula que se menciona en la nota núm. 112 de este libro, fuera el propio autor de las «Novelas Ejemplares»; ni parecería verosímil tampoco que lo hubiera llevado a Italia, en clase de camarero, según infieren algunos, el legado Aquaviva, a cuyo servicio le hallamos en Roma. Sobre éste último véase Morel-Fatio, «Bulletin Hispanique», Juillet. Sepi., 1906, páginas 247 a 56.

minar otras novelas, especialmente *El Casamiento engañoso*, indican que esta obra fué escrita en Valladolid hacia el mismo tiempo que el *Coloquio de los perros*¹⁰⁶. Rosell supone

¹⁰⁶ *Las costumbres locales que pintan Cervantes y Pinheiro convienen de tal modo, aunque muchas veces difieran los comentarios, que si algunas de las sátiras del «Licenciado Vidriera» necesitaran explicación, se encontraría ésta en la «Fastiginia». Por ejemplo, un muchacho dijo a Vidriera: «mañana sacan á azotar á una alcahueta»; y respondiéndole: «si dijeras que sacaban á azotar á un alcahuete, entendiera que sacaran á azotar un coche». En las memorias de Pinheiro háblase repetidas veces de la clase de servicios que los coches prestaban a las damas de Valladolid: «las mujeres, como raposas, iban a ejecutar sus hurtos fuera de casa», cuenta el doctor portugués; «tanto es así, que lo mejor de su vida pasan en los coches, esos testigos mudos de tantos yerros. De estos últimos solíamos nosotros decir que los aurigas o cocheros eran como los confesores, que se olvidan pronto de los pecados ajenos, porque muy rara vez, por maravilla, le cuentan a uno nada de las navegaciones que hacen y del flete que satisfacen los pasajeros, puesto que la costumbre en Valladolid es tal, que nadie se alborota ni repara en semejantes frioleras». Vidriera consigna el hecho, comentándolo a la inversa, pues dice que aquellas gentes sabían «más pecados que un confesor», pero no para tenerlos secretos, sino «para publicarlos por las tabernas».*

que fué después, y pretende apoyarse en el testimonio del mismo Cervantes citando estas palabras: «Pasó el Licenciado á Valladolid, donde en aquel tiempo estaba la Corte»; pero es el caso que ni en la primera edición, ni en ninguna de las ediciones antiguas que poseo aparecen tales palabras. Cervantes dice que «vn Principe, ó señor que estaua en la Corte» quiso conocer a Vidriera y mandó por él a Salamanca, y que el Licenciado «llegó á Valladolid: entró de noche, y de sembanastáronle en la casa del señor que auia embiado por él»; de donde se deduce todo lo contrario de lo que Rosell pretendía probar, pues aparece, como he dicho ya, que la obra fué escrita en Valladolid en la época en que estaba allí la Corte¹⁰⁷.

¹⁰⁷ Véase la primera edición, Cuesta, 1613, folio 117 vuelto; la de Bruselas, Velpio, 1614, p. 263; la de Milán, Bidelo, M.DC.XV, p. 327; la de Pamplona, Assiayn, 1617, folio 167 vuelto; la de Bruselas, Huberto Antonio, 1625, p. 257. La frase en que se fija Rosell no desvirtuaría el texto original, aunque fuese corrección del propio Cervantes; pero, a no dudar, es variante de uno de los impresores. De alguno de los

En *El Licenciado Vidriera* alude también Cervantes a sucesos de individuos que tuvieron existencia real, pero, en uso de sus derechos de novelista, calla los nombres de las personas y no se ajusta ni a la cronología exacta, ni a la estricta verdad histórica. Fray Pedro Ponce de León, iniciador de la enseñanza de los sordomudos, le proporciona elementos para fingir aquel «religioso de la Orden de San Jerónimo que tenía gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen», y quizá el recuerdo de Fr. Filiberto Jofré, o de alguno de sus discípulos en asistir dementes, le hizo decir que el mismo fraile «tomó á su cargo de curar á Vidriera movido de caridad, y le curó y sanó», por desgracia, pues-

retoques dados a las «Novelas» por su autor, antes de entregarlas a la imprenta, hay indicios en el «Licenciado», como hay testimonios en «Rinconete» y «El Celoso»; pero no en ese añadido posterior y extraño, sino en detalles que señalo en el estudio especial que va en mi libro sobre «La Tía Fingida». Véanse también las p. 94 y 95 de éste.

to que entonces perdió por cuerdo lo que ganaba por loco, «y viéndose morir de hambre determinó valerse de las fuerzas de su brazo pues no se podía valer de las de su ingenio».

VII
Osuna en un lugar del condestable de

El tipo de aquellos caballeros mozos, á quienes, como al Rodolfo de *La Fuerza de la Sangre*, «la riqueza, la inclinación torcida, la libertad demasiada y las compañías libres les hacían hacer cosas que desdecían de su calidad», es tan común en la época en que se escribieron las *Novelas*, que no hay más que abrir las *Crónicas* y *Relaciones* para encontrarlo a cada paso.

Un hijo del Duque de Lerma armaba en Valladolid tan frecuentes escándalos por cuestión de amores, que el mismo privado, según cuenta Pinheiro, se vió en la necesidad de hacerlo encerrar en la cárcel. Del Duque de Osuna escribe Cabrera de Córdoba:

«Hizo tales excesos estando aquí—en Madrid,—que habiéndose ido á Peñafiel, su tierra, se envió de Valladolid un alcalde que le recogió en una casa de dicha villa, donde le tienen preso con cuatro alguaciles de guarda.» Y agrega sobre el mismo asunto: «Estaba recogido con guardas el Duque de Osuna en un lugar del condestable, su tío, por sus excesos, al cual trataban de traer aquí—á Valladolid—y á deshoras se ha huido sin saberse el camino que haya tomado, mas de que se cree habrá ido á Flandes, que lo deseaba mucho; el cual no sacó criados consigo, sino que los debió tomar después de la gente perdida, de que se solía acompañar»¹⁰⁸.

Por lo tanto, no faltaban modelos vivos de los Rodolfos, que, después de algún desmán que les dejaba en peligro, ponían tierra por medio y marchaban a Italia o a Flandes.

En cuanto a «los necesitados de favor que, como hidalgos pobres, no

¹⁰⁸ «Relaciones», págs. 84 y 148.

sabían de quién quejarse sino de su corta ventura», no tendría Cervantes que ir a buscarlos muy lejos; le bastaría adaptarse al suceso y pensarlo como si fuese propio. Por lo demás, el caso de la doncella que, según dice la *Tabla de argumentos* de una vieja traducción, «al regresar de paseo con su padre es raptada por un joven que, privada de sentido, la lleva á su palacio, y al volver en sí, deshonorada, le venda los ojos y la pone en la calle; no sin que ella recoja en la casa de su raptor un crucifijo que, le ha de servir, más tarde, para hacerse reconocer y que sea reconocido el fruto de su deshonor del único que puede repararla», no es episodio imposible¹⁰⁹. En Toledo se desenvuelve la acción de *La Fuerza de la Sangre*, y Toledo vió

¹⁰⁹ Su realidad artística inspiró a «Azorín», con motivo del Centenario de las «Novelas Ejemplares», unas páginas de sutil emoción en que asocia al recuerdo del paisaje visto, el del fondo y ambiente en que se mueven esas figuras cervantinas. Destinado ese estudio a la fiesta que organicé en el Ateneo de Madrid, publíquese con aquella ocasión en la serie que el autor titula: «Leyendo a los poetas».